

## EVOCACION DE AGUSTIN MILLARES CARLO (1893-1980) \*

Estimados colegas: Estoy aquí un poco forzado porque en realidad hoy tenía que haber estado lejos, pero cancelé el compromiso para asistir a este encuentro. Un homenaje a don Agustín Millares Carlo me obliga mucho, por las razones que luego diré. Aunque el doctor Carlos Sánchez Díaz, que estuvo muy cerca de don Agustín, hablará con mayor propiedad, he aceptado la invitación de los organizadores a quienes he pedido cinco minutos para expresar lo que pienso y siento ante este público de especialistas y devotos del trabajo bibliográfico, entre quienes veo a un maestro como Angel Raúl Villasana; a un experto como Horacio Becco, a una esposa entusiasta que ha hecho la bibliografía a su marido, Carlos Augusto León; y a tantos rostros conocidos de la Universidad y de la Biblioteca. Me parece que es una ocasión que viene de perlas para hablar de don Agustín Millares Carlo. Por lo tanto, me he metido un tanto a juro en esta reunión.

Ha sido una figura de las que caben pocas en docena; persona excepcional por donde se le mire. Con la experiencia que he tenido en las aulas como estudiante, en la vida profesional con los colegas, en los trabajos compartidos y discutidos con investigadores y figuras de la talla de don Ramón Menéndez Pidal, creo que don Agustín Millares Carlo es un ejemplo que toda la gente de la ciencia, de la técnica y del amor al libro deberían tener en el pensamiento y en

---

\* Transcripción taquigráfica de las palabras pronunciadas en el «Primer encuentro nacional de investigadores bibliográficos», celebrado en Caracas, el 25 de junio de 1981.

mitad del corazón. Era un hombre incansable, asombroso en el volumen de cosas que hacía. No le importaba la computación, ni la normalización, que creo es un riesgo cuando se convierte en excesiva preocupación. Aunque importante para la simplificación y la uniformidad del trabajo, al convertirlo los que se dedican a este oficio en condición o en objetivo, se enzarzan en la forma en lugar de meterse en el alma de cada investigación, de cada monografía, de cada tema. Don Agustín trabajaba con una libreta de estudiante de primaria, como un pulpero anota las cuentas de entradas y salidas en su modesto establecimiento. Recordaré siempre que viviendo en el Zulia y sintiéndose un poco alejado del tráfico y del movimiento de los libros, como yo era tan ratón de biblioteca como él o como Rafael Ramón Castellanos, acostumbraba instalarse muchos fines de semana en mi casa, donde yo le tenía apartadas todas las novedades que había logrado reunir, y con su libreta sencilla, escolar, anotaba frenéticamente los datos, olvidándose del punto y raya, de la coma, de los suspensivos, de los espacios, para elaborar luego unos maravillosos estudios, unas maravillosas interpretaciones, en su espíritu de hombre de libros, que es ahí donde reside la madre del cordero.

Desde su primera mocedad, desde que publicó una obra ya clásica en homenaje a los escritores isleños, *La Biobibliografía de Escritores Canarios*, obra perfecta de juventud que le dio prestigio para ganar, en el límite de la edad, la cátedra de Paleografía y Bibliografía en la Universidad de Madrid, don Agustín siguió trabajando siempre con el mismo método elemental, con la misma ausencia de sistemas, fórmulas, con la misma profundidad, con la misma vida, la misma intención, para ir acumulando y perfeccionando una obra inmensa. Recuerdo que don Agustín era un nombre algo legendario y mítico para nosotros, estudiantes en la universidad, porque usábamos su *Manual de Paleografía*, que era el libro único para estudiar en la Escuela de Filosofía y Letras de mi tiempo. Pensábamos que don Agustín era un anciano venerable que había pasado toda su existencia en viejos infolios hasta lograr publicar ese manual que utilizábamos todos. Nuestra sorpresa fue encontrar en los cursos de doctorado a un don Agustín Millares Carlo, muy mozo, enamorado, viviendo pasiones turbulentas en grave contraste con la seriedad, la gravedad y la gran capacidad de realización de obras profundas y eruditas.

La preparación de don Agustín fue la de un auténtico humanista. Dominaba el griego; dominaba el latín; dominaba el francés; el inglés; el alemán. Es un sabio comparable, en su campo, a lo que representa un José Toribio Medina, un Menéndez Pidal o un Menéndez

Pelayo, en los suyos. Es uno de esos hombres grandes, una de esas personalidades que de vez en cuando aparecen en el firmamento de una civilización para que los demás los contemplemos como modelo, como ejemplo. Hombre humilde, recatado; de risa fácil; le gustaba la conversación, muy fluida la suya, muy amable, muy amistosa, muy de mano sobre mano, de corazón a corazón; era un hombre que iba realizando la inmensidad de su obra con esa perfecta sencillez de la gente que sabe, de la gente que domina una disciplina, de la gente que está llevada por un impulso, por un objetivo fuera de lo corriente y de lo habitual.

Don Agustín tuvo muy pronto su vida resuelta como catedrático numerario de la Universidad de Madrid. Cuando la llamada Guerra Civil española hizo que el mundo liberal se viese obligado a dejar la Península, don Agustín no vaciló un instante y se fue a México donde pasó trece años ocupado en tareas literarias y docentes con entusiasmo casi infantil, pero con muy poco éxito pecuniario. Me contaba él que era difícil llegar al día 30 con todos los compromisos atendidos. En esas circunstancias, en algún momento se produce un hecho que probablemente no es conocido por muchos de ustedes: estando en Venezuela una discípula muy querida de don Agustín, María Teresa Bermejo, profesora de Paleografía, se planteó la famosa polémica de los documentos apócrifos que el señor Colombres Mármol inventó para desfigurar la historia de las relaciones de Bolívar con San Martín, falsificando evidentiísimamente en el Perú, una serie de documentos sobre papeles viejos para montar una teoría que desmerecía de la nobleza de conducta y de la altura de miras de El Libertador. La campaña de reivindicación del buen nombre de Bolívar la llevaba el doctor Vicente Lecuna con un empeño, como si fuera de vida o muerte para él. Recuerdo que en una reunión en casa del doctor Lecuna, María Teresa Bermejo le mencionó la existencia de don Agustín Millares Carlo, y lo puso en contacto con él para pedirle un dictamen sobre la autenticidad de la caligrafía y de las firmas de los documentos en discusión. El dictamen de don Agustín, como todos los suyos, fue un diagnóstico perfecto que no dejó resquicios, demostrando mediante la comparación de firmas auténticas que había habido una burda adulteración. Esto arruinó las pretensiones de Colombres Mármol hasta el punto de que la propia Academia Argentina tuvo que reconocer el carácter apócrifo de los documentos.

Poco después, don Agustín se animó a venir a Venezuela. En aquel momento, el doctor José Domingo Leonardi, boconés y hombre de autoridad, era el rector de la Universidad del Zulia. En seguida le invitó a formar parte del cuerpo de profesores de la Facultad de

Humanidades de su Universidad. Don Agustín se trasladó a Maracaibo y se encantó con el medio; se encantó con el trabajo; luego trajo a Carlos Sánchez Díaz y a otros para formar ese equipo admirable de su Facultad. Quiero subrayar el sentido de lealtad en don Agustín Millares, quien a pesar de las reiteradas instancias para que viniese a Caracas a incorporarse en la Universidad Central, inclusive con ventajas de todo orden, prefirió quedarse en el Zulia, en su tarea, hasta que se le concedió el permiso de profesor investigador, ya muy mayor, ya muy cumplidos los setenta años. Se trasladó a sus añoradas Islas Canarias para dirigir el programa cultural del Museo Canario, en cuya labor murió. Recuerdo haber estado con él un año antes de su deceso, en la Casa de Colón, en Las Palmas. Yo iba a dar una conferencia y me presentó ante el auditorio, ya arrastrando los pies; se le veía decadente y deteriorado pero muy clara su cabeza, muy espléndido su razonamiento. Después, en la última de sus cartas, escrita poco antes de morir, me decía: «Voy a la Biblioteca Nacional invitado por Domingo Miliani, para organizar la riqueza de los libros del siglo XVI que la Biblioteca Nacional posee». La añoranza de don Agustín por Venezuela fue constante y emotiva hasta el último momento. Ese hombre, esa figura, que venía con ese increíble portafolios que pesaba como media tonelada, con papeles revueltos para los demás, ordenados para él, hizo en Venezuela no tan sólo el aporte a una Escuela como la de la Facultad de Humanidades de la Universidad del Zulia, sino que además hizo una serie de trabajos que son modélicos: las bibliografías de los incunables de la Academia Nacional de la Historia; los libros preciosos que tiene José Rafael Fortique en el Zulia; los libros de Mérida; el estudio sobre la bibliografía y documentación de los archivos en Hispanoamérica y particularmente en Venezuela; la documentación del Registro Principal del Zulia; el curso de Archivología que dictó en el Archivo Nacional en 1961 para celebrar el sesquicentenario de la independencia, etcétera, etc.

Este hombre se volcaba con esa llaneza, con esa simplicidad del hombre de talento, del hombre esencialmente bueno —en el sentido machadiano de la palabra—, buscando comunicar, buscando participar a los demás ese encanto de «la beatería de la cultura», en un oficio aparentemente árido, aparentemente poco brillante, como es el trabajo de la ordenación del capital cultural del país. Don Agustín Millares —repito— sin necesidad de computadores y sin necesidad de normalizaciones, llevó a cabo una obra que cualquier persona que se dedique a esta profesión del libro debe verla como diana, como objetivo y como finalidad principal. El trabajo bibliográfico reside

más en la actitud con que el trabajador emprenda una obra, que no en el mecanismo. Oyendo a José Luis Peniza ahora clamar por la unificación y la computarización, pienso que eso es útil y muy importante, pero lo que no debemos es detenernos en esqueletos; hay que buscar la carne, el alma, y la sangre en circulación del cuerpo al que pertenece ese esqueleto. Esto es lo que Agustín Millares Carlo está enseñando en cada línea de sus escritos; esto es lo que yo creo que debo decir esta tarde, cuando esa pléyade de bibliógrafos que es tan difícil ver reunida se encuentra convocada acá, en el salón Caracas del hotel Avila.

Le pedí a Domingo Miliani y a Iraset Páez que me dejaran un resquicio para dar mi testimonio, que no tiene mayor autoridad que la de mis años, respecto a lo que don Agustín Millares ha significado para varias generaciones en la península española, en México, en Venezuela y donde se hable español. Don Agustín es el maestro, y como maestro es hombre que contagia la devoción, el entusiasmo, lo que Ortega y Gasset llama la mencionada «beatería de la cultura». Como esas viejas creyentes que van a las seis de la mañana de cada día a misa y que están encandiladas y seguras en su creencia, en el fondo es el mismo sentimiento con que puede encararse un tema de cultura, y cuando uno lo vive, yo les aseguro —alguna vez lo he sentido— que es un motivo de felicidad; uno se olvida de los chismes del vecino, de los enemigos, de si gana más o gana menos, porque está al servicio de algo superior. Nosotros pasamos por este mundo habiendo escogido un oficio poco remunerador y poco estimado en nuestras sociedades. Si ustedes hiciesen poesía en vez de catalogar, hacer fichas y ordenar bibliografías, serían más famosos; si hiciesen novelas un poco pornográficas serían más famosos todavía; y serían más famosos aún si hubiesen escogido el oficio de bailarines. Entonces si hemos adoptado una profesión que radica fundamentalmente en el goce que uno tiene en el trabajo, yo les digo que el mejor modelo que podemos tener es el de don Agustín Millares Carlo. La desaparición del tipo humano que representa don Agustín, yo la atribuyo a la computación. El computador tiene el principal defecto de funcionar cuando se le pregunta bien; es decir, si se le pregunta mal contestará mal siempre, pero si se le pregunta bien contestará bien siempre; y esto da la confianza de tener un procedimiento para que nos conteste bien y nos olvidemos de nuestras responsabilidades. Piensen ustedes, por ejemplo la significación que tiene el mundo griego en el ámbito de la cultura occidental, un pueblo en donde no había libros, en donde era necesario ir a escuchar a los maestros y formar el capital de conocimientos propios dentro de uno mismo.

El volumen mental y cultural de los hombres que para aprender han de asimilar el conocimiento es muy superior, aunque sea menos práctico y menos eficaz que la computación y el botoncito mágico. Una vez en la Universidad de Northwestern le mandé a preguntar al director qué había de determinado tema; tocó un botón y a los diez minutos me dieron un libro hecho, terminado, con la constancia de dónde estaban los materiales, en qué universidad, qué páginas faltaban, si había dedicatorias. Era una cosa completa; era un trabajo personal de meses hecho en diez minutos. Efectivamente, la computación es un método práctico; sin embargo, sigo sosteniendo que nosotros tenemos que trabajar a lápiz y por los dos cabos: escribiendo y borrando hasta que encontremos la satisfacción, del mismo modo que se busca una novia: hablando, comprobando, mirando, analizando. Me parece que ello tiene que ser nuestro destino y nuestra obligación.

Don Agustín, en medio de la bonhomía y la parsimonia con que él andaba, con ese comportamiento tan sencillamente humano, era un hombre que llevaba en su alma la devoción por el mundo que habla castellano. El sentía que los países de habla castellana si se integraran en franca cooperación podrían hacer un aporte extraordinario a este universo desvencijado y deteriorado que estamos presenciando. El mundo de las grandes potencias, el de las armas, el del dinero, el del que hace subir y bajar la inflación, pertenece a los poderosos; pero nosotros podemos aportar algo más, que es el ámbito del sentimiento, del razonamiento y de la buena voluntad. Las Islas Canarias se sienten orgullosas por la fama y el valor universales de don Agustín Millares Carlo. Al morir le han dedicado un seminario que lleva su nombre, y ya se han publicado dos tomos monográficos en su honor. Se espera que se continúe en una empresa permanente y sin límites.

Don Agustín sintió la tentación de la poesía y escribió un soneto de reflexión ante el orbe descompuesto, al que quizás desde el punto de vista de la preceptiva podríamos encontrarle pelillos y algún endecasílabo que no es del todo perfecto, pero como manifestación poética es encantador, sobre todo si tomamos en cuenta la esencia de la sabiduría que poseía don Agustín. Esto prueba que aunque nos dediquemos a este oficio no nos perjudica ni disminuye la sensibilidad. Yo creo que una bibliografía bien hecha es una muestra de inteligencia y de sensibilidad; no es trabajo de arrieros; no es trabajo de carpintería solamente; puede ser tan inteligente un trabajo bibliográfico como puede serlo la resolución de un teorema o la creación de un cuento bien narrado. En general, nuestro oficio tiene poco apre-

cio público. El público piensa que los bibliógrafos somos una especie de semidesgraciados, gente que no alcanza para más y que por tanto se detienen, como en la ley de Peters, donde pueden llegar: hacer una labor de poco más o menos. Parte de la culpa la tenemos nosotros. Si nosotros queremos que nuestra profesión tenga crédito y prestigio debemos meterle el hombro, sacar obras y rendir utilidad a nuestras comunidades. Parte de la culpa —decíamos— la tenemos nosotros, porque este es un oficio que ha sido poco cultivado, por un lado; y, por otro, porque generalmente los pueblos que hablan castellano no se distinguen por la perseverancia. El ejemplo de continuidad lo tenemos acá en Angel Raúl Villasana, quien al proponerse llevar a cabo su obra monumental sobre la bibliografía literaria venezolana hasta 1950, cogió sus macundales, se fue a las Canarias, se encerró allá, y regresó al país con los tomos terminados.

Si ustedes, con buena voluntad, piensan en un ejemplo como Agustín Millares Carlo y se lo meten en el corazón y en la mente como programa de vida —prescindiendo de la normalización y de todas sus secuencias— este encuentro habrá sido útil.

PEDRO GRASES